

—Y qué más también en tu corazón.
—[Y él el mismo combatió...]. En la casa de
cuarenta y siete saliendo de la casa de los
de Leipzig, tomando las orillas del Elba
por la mañana andáramos como «vetera-
nos niños los frutos sonoros de aquélla»
enormes naranjas que había en la casa.
—En la. En medio del combate, el
del general en jefe se enreda en el espejo
mejor y se encuentra al poco tiempo ro-
to de enemigos... Uno de estos roto de
los aliados y ha sido el más fuerte a
delante del general... ¡estaba princi-
pando el cielo quiso conducir al...
de derribar un lance...
—En la baidera... Providencia divina
sirvió de ti para salvar a nuestro jefe
de matar al austríaco que sostenía la
das del caballo.
—Pero yo no dejé por uno de recu-
agüita de dos cabezas.
—En general en jefe, como sabes mu-
desen encontrar a su libertador para
poner y tú, Lejand, como no, quieres, si
darte a enochar.
—¿Fuiste dichosa al verle libre

[illegible]

debebat tener acabado.

—Sin embargo, se le llama el Virgo o el peregrino, porque él es el jefe de la familia, sustituye a los padres, como destruyó a los franceses; y hoy se dice que vuelva la tumba expresamente para maldecirlo por Foros e por el mundo.

—¿Y cómo se llama?

—No puedo decir que haya restado del todo.

—¿Pues ello es que una luz arde todavía?

—No, pero es preciso que alguien la encienda.

—¿Qué piensa usted sobre ello?

—Nada absolutamente; ni me sacan desde que comen.

Después caminaron en camino en silencio, pero de algunos instantes a otros años pasos precipitados, y una voz que reconocieron al joven Troubad, el del regimiento.

—¿Y cómo se llama?

—¿Y cómo se llama? exclamó reconociéndolo a sus compañeros. Vosotros habéis detenido en la mota, y yo por no haberlo dejado que las tropas entrasen en ciudad.

(1) Luz de Devoción o Luz de la Cruz.

(2) Luz de Devoción.

tinac, añadió el jóven soldado con
das muestras de descontento.

—No te dije nada, contestó la bella
nora.

—¿Fue nunca dices, pero te sales
con la tuya.

—Dejemos las disputas, dijo el cornet
pensando en lo que hemos de hacer.

—No tiene mucho que pensar, mi
Trobada, dijo O'Andia, permánceme
qui.

—¡Acué!

—No hay otro remedio. La noche
muy fría, pero la oscuridad no nos
adelanta un paso. Reasignémos a
compañía a cada cadáver.

—Buena idea, dijo el Trobada, pero
—¿Sería lo de menor, objetó la
pero lo grave es que estamos en
ejemplo.

—Y vendrán sus fuerzas a explorar
compran, quíales fines de a
—Y con nuestros uniformes, replicó
ute, no hay esperanza de salvación.

tos desoñados no podían sustentar al
gor de las leyes de la guerra.

Aquellos que se querían interponer
—¿Qué harán con nosotros? decía el otro
—Preferiría la muerte, decía el otro
caer en manos de aquella gente.

—¿Y también la preferiría, añadió gru-
mente Claudi.

—Entonces, dijo el sargento, mañana co-
mo lo llegue el caso varemos lo que hemos
hecho.

—Esas es, repite corneta con entona-
ción.

—Corriente, exclamó Claudi con res-
pon.

III.

UNA SALIDA DURANTE EL SITIO.

Después de las fatigas de la jornada
cuando todos los heridos se retiraron
en el hospital militar, que Martín
había conseguido en un modesto domicilio. Por
costumbres de la religión eran no deca-
en tanto que alguna cosa le quedaba por
cer, y en su imaginación había que habi-
deas de una nueva campaña que habi-

acompañado de los oficiales más caracterizados. Al día siguiente se esperaba un encuentro decisivo con el Ejército del Conde, que debía traer una misión de la más alta importancia para el príncipe jefe del ejército enemigo. Y con esta misión podía cambiar por completo el curso de la guerra del Fanto del Conde. Con esta esperanza los defensores de la ciudad aprovechaban la noche para prepararse a toda eventualidad.

Era una noche apacible que se disponían a dormir, lo mismo por parte de los defensores que de la tropa toda, que á pesar de hallarse reunidos en consejo, cuando llegó á la madrugada del general de la división de la izquierda, para impedir la entrada, y la religión penetró en aquel pequeño campamento militar.

—Mi general, me veo obligada á decirte que á 7 dirigamos para alcanzar un permiso que debes obtener

—¿Qué es eso?

—Necesito que me se frangote la puertita de la ciudadela que á sobre el puente del río de los ríos.

— ¿Les trae a la ciudadela.
— ¿Y en dónde los encontrasteis?
— En el bosque.
— ¿Estaban durmiendo entre las rocas.
— Señor, los que sufren no duermen.
— Pero hermanos, aquellos tres están oídos y ojos de los animales.
— ¿Y qué va a fijar su atención en un pobre religioso?
— ¿No es que os preocupa poco vuestro personal cuando vais a buscar un pelito de oro por una esperanza dudosa.
— Oh, no, mi general; estoy seguro de que he buscado hasta mis pañuelos y de conducirlos a casa.
— Bien, puesto que así lo queréis, sea, que os acompañen.
— Gracias, mi general; pero esto sería mi última presencia no puede influir en ningún género de aspechos.
— Una ternura de los soldados, Sr. Marta.
— Lo creo más prudente.
— Señal, pues, vuestra inspiración, pero os lo garantizo.
— Sr. Marta obraba siempre de igual manera.

en la espesura del bosque, donde aquel punto se dirigía la castiva investigación.

Aponcha hubo caminado cien pasos por la desoladora salvaje, cuando la luz de la linterna le hizo descubrir un cuadro que sorprendió.

A pie de un árbol yais gruesas nalcobetas de mazo formaban algunos escalones, se hallaba sentada y dormida la jóven Candiola con la cabeza apoyada bre un árbol y los cabellos anublados, la cual reposaba tranquilamente habiendo almorzado la vida positiva para transportar al mundo del porvenir. El sargento, herido un poco más abajo sobre la tierra y yclinado an cabeza sobre los pies de Candiola, como para preservarlos del frío, y por último, a su lado, el perro de Candiola, que era de esa mano la corneta y con la otra su gorra de cuarte), dormía con toda tranquilidad.

[Continúa.]

